

CAPÍTULO 12

El humanismo de Juan José Sebreli

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ LÓPEZ.
IES Santa María de Alarcos (Ciudad Real).

AFORTUNADAMENTE, hoy en día asistimos al gradual abandono de la mitología política en Latinoamérica hacia una política desprovista de mitos. La mitología política ha marcado el desarrollo de gran cantidad de países, tanto en esa región del mundo como en muchas otras. Y es un fenómeno que reaparece periódicamente en cualquier país. Sin embargo, ha marcado especialmente buena parte de la identidad cultural y política latinoamericana durante el siglo XX, en cada país con sus peculiaridades y sus ritmos propios. La política debe deshacerse de los mitos y entregarse a la aburrida administración de las cosas. La gestión política no es lugar para las emociones, sino para el cálculo de los medios que optimicen el bien público. Queremos una política que sea aburrida y anodina, tanto como lo es en Suiza, Dinamarca o Costa Rica. Debe estar desprovista de mesías. Queremos políticos tan anodinos que pasen desapercibidos en el supermercado, en lugar de esos redentores que decoran las camisetas durante generaciones. Un ministro danés haciendo la cola en la caja es mejor que un discurso redentorista del Ché. No esperamos de la política que nos descubra el sentido de la Historia, sino que facilite la creación de puestos de trabajo, que ayude a quienes no tienen nada a que encuentren esos trabajos y puedan vivir de ellos por sí mismos. En la política no queremos redentores y mártires. Queremos una administración que pase desapercibida, un motor silencioso de la sociedad que nos permita a cada uno ir al destino que elijamos. Este ha sido el mensaje

fundamental de la obra del argentino Juan José Sebreli, que ha contribuido sobremedida en su país al ocaso de los mesías políticos en las circunstancias especialmente adversas del peronismo y en un país muy dado a creer en esos mártires, la patria del Ché y de Evita. Esta comunicación pretende exponer su pensamiento sobre la mitomanía política, a la vez que ser un modesto reconocimiento a la obra de alguien que ha pagado su crítica a los mitos políticos con el aislamiento en su país. Hace años, durante la guerra de las Malvinas, Sebreli expresaba su angustia por ser uno de los pocos (junto a Borges) que se oponía al belicismo de la dictadura y creía ser testigo de una locura colectiva.¹ Toda esta comunicación pretende ser una exposición del planteamiento sebreliano aplicado a la cuestión de la identidad cultural latinoamericana.

1. El éxito de la mitología política en el siglo XX

La construcción de un relato es la tarea fundamental para ganarse la confianza de los ciudadanos en la política. Y en esa tarea, la mitología ha sido y es mucho más rápida que cualquier otro enfoque racional, sobre todo en medio de un siglo, el XX, en el cual el programa moderno ha sufrido unas críticas tan faltas de fundamento como culturalmente exitosas. La postmodernidad, con su crítica a la razón moderna, ha conseguido impregnar de escepticismo el relato emancipatorio de la Ilustración, y ha hecho que la izquierda se entregue a postulados de los que un siglo atrás se habría mantenido alejada, como el nacionalismo, el relativismo cultural, el particularismo antropológico, la autarquía económica o incluso las vanguardias artísticas. La crítica a la modernidad ha sido el campo de cultivo de la mitología política, que ha ocasionado un retraso en el camino latinoamericano hacia el progreso. Si bien no se deben ignorar los factores económicos, tampoco debemos despreciar el enorme poder de las ideas. El efecto que causa en la mente de un guerrillero de las FARC la creencia en el relato marxista tiene un poder enorme. Y ese poder bien administrado puede mantener a Colombia en una guerra durante más de medio siglo, además de sumirla en una postguerra de

[1] «La angustiada experiencia de sentirse solo en medio de una sociedad que había enloquecido llegó a su clímax durante el conflicto de las Malvinas. (...) Fui uno de los pocos que alerté desde el comienzo sobre el absurdo de la guerra (...). Esta guerra fue el desencadenante de mi alejamiento de las izquierdas, asqueado ante sus falaces argumentos belicistas. Desde entonces, nunca pude abandonar la desconfianza ante esos espasmódicos comportamientos políticos.», «El tiempo de una vida», Sebreli 2005, pg. 288.

difícil digestión. También puede conseguir que Cuba se incorpore con mucho retraso a la gestión eficiente de sus riquezas, o que Venezuela no acabe de librarse de un infierno provocado por la fe ciega en un relato falaz. Pero si bien la mitología política hoy día ofrece muchos ejemplos por la parte izquierda del espectro político, no debemos pensar que se reduce a ella. El fácil recurso a los mitos también causa sus efectos en la derecha, no hay más que remontarse a los discursos redentores de los dictadores que sumieron el cono sur en una orgía de sangre en el último tercio del siglo XX. La adhesión irracional a los mitos en política siembra de muertos y de miseria cualquier país, desde el más rico al más pobre en recursos. Por eso es tan necesaria la crítica a la irracionalidad en la política a la que se dedica Sebrelí en Argentina.

Pensemos en Costa Rica, que progresa discretamente alejada de los grandilocuentes redentores que resuenan desde otros países. Pensemos también en el Perú, que ha comenzado a sumar años de crecimiento económico desde que ha dejado atrás la mitología maoísta, aunque todavía experimenta una gran seducción por el fujimorismo. Argentina aún está atravesada por el caleidoscópico peronismo, que ejerce un gran poder en muchos ámbitos.

La obra de Sebrelí es una llamada de atención sobre el daño que hacen todos los ismos en política. La gestión de los recursos no debe estar subordinada a ninguna ideología previa, sino a sus resultados. Se debe a los ciudadanos, no a ideas abstractas. Es al estómago del ciudadano a quien debe rendir cuentas, no a la pureza de alguna mitología. El político no debe buscar la pureza ideológica de su gestión, debe buscar los resultados que cualquier ciudadano medio sin formación política espera de su gestión: seguridad, trabajo, estabilidad de la moneda, educación, sanidad, etc. Las ideas que sirvan a esos objetivos serán buenas, las que subordinen esos objetivos a cualquier mito grandilocuente deberían hacer saltar nuestras alarmas. Latinoamérica está harta de redentores. Debería estar vacunada contra ellos, como se vacunó Europa tras las dos guerras mundiales, que fueron el triunfo sangriento de la orgía ideológica. La Unión Europea se transformó en una aburrida oficina burocrática porque Europa se desengañó de las mitologías ideológicas, aunque hoy ese peligro parece volver, tanto aquí como en Estados Unidos, pues nadie está libre del peligro. Ya nos avisó Hegel de que el progreso histórico no es lineal.

«Comediantes y mártires» ha sido uno de los libros más leídos de Sebrelí, tanto en Argentina como en el resto del mundo, pero en ese libro

están las mismas ideas que en el resto de su obra. Simplemente, enfoca su crítica en las figuras más populares de la mitología argentina: el Ché, Evita, Gardel, Maradona. Los examina con lupa, desmonta todas las leyendas sobre ellos. Sin embargo, la superstición continúa. Evita sigue siendo para muchos la madre compasiva que daba pan al hambriento, y el Ché sigue siendo un símbolo de rebelión contra la injusticia. Cuando dejemos de creer en los símbolos, cuando dejemos de abrir una frontera clara entre el bien y el mal, entonces habremos madurado políticamente. La realidad no suele ser blanca o negra, sino más bien gris. Basta de esperar al héroe en la política. No existen los héroes, no debemos esperar a los héroes. Debemos premiar la buena gestión con nuestros votos, y castigar la mala de la misma manera. Ese es el criterio falsacionista aplicado a la política: la experiencia de los resultados de su gestión. Esos hechos simples que el ciudadano normal espera. Las ideas no son más que un instrumento para conseguir esos objetivos. Es incluso posible que según la realidad de cada país funcionen mejor unos caminos ideológicos hacia esos objetivos que otros. De la misma manera que Keynes se inclinaba a pensar que los modelos económicos no tienen un valor universal, sino sólo coyuntural, y que por tanto no existen verdades eternas en ese campo, también deberíamos desacralizar las ideologías políticas y por tanto sus portavoces. Algunos países han progresado con ideas socialdemócratas, otros con ideas más liberales, otros con una oscilación continua entre unas y otras. Pero en la política la verdad que se busca no es una ideología, son unas circunstancias de vida buena que desean todos los ciudadanos: es la búsqueda de trabajo en buenas condiciones, de seguridad en las calles, de educación para todos, de moneda estable. Esos son los criterios de falsación de las ideologías políticas, y en ese tribunal deben ser juzgadas tanto ellas como quienes aplican esas ideas, que no deberían estar dando lecciones a los ciudadanos, sino simplemente haciendo números sobre cómo conseguir esos objetivos. Latinoamérica ha sufrido mucho por culpa de las ideologías, sufrió Europa con sus guerras, como sufre España con su división entre las dos Españas, como sufre cualquier país que confíe más en un mesías que en cualquier aburrido gestor eficiente de recursos. No es extraño que el ciudadano medio sienta hastío de la política, si la reduce a confiar en los grandes hombres o las grandes ideas, pues ese camino suele llevar al desengaño. Mejor le iría al ciudadano medio si no se fijara tanto en quién gobierna y se fijara sobre todo en los resultados empíricos de su gobierno. Como filósofos ya sabemos que los hechos objetivos no existen, pero hasta cierto punto. Que le digan a un parado que lo suyo no es algo objetivo.

Por tanto, la tarea política actual para Latinoamérica consiste en la búsqueda de un relato democrático que pueda rivalizar con los seductores relatos mitológicos que aún existen. Esos relatos que han mantenido la revolución cubana, o el relato bolivariano que aún seduce a muchos. El relato de que la culpa de la pobreza la tuvo la colonización. El relato del indio ignorante y el blanco racional, o el relato de las venas abiertas. Estamos hambrientos de relatos, y nos adherimos a las historias que nos expliquen los hechos de una manera seductora, emocional. Pero esa manera de saciar el hambre finalmente trae más hambre. La pobreza de la democracia es lo descolorido de su relato. La vida democrática no es una historia de buenos y malos, de revoluciones o de lucha en la selva. Es la aburrida historia de que si el presidente no ha conseguido los objetivos lo echamos y probamos con otro. Es una aburrida historia que se debería contar de alguna manera más seductora, pero no lo conseguimos aún. Esa es la urgente tarea de la filosofía hoy en día si quiere ser un servicio público. Sin desmerecer al Dasein y sus problemas, es urgente que la filosofía aporte algo para mantener alejados los fantasmas de la democracia, el más peligroso de los cuales puede ser esa búsqueda continua de un mesías. La filosofía política debe ser capaz de amenizar la aburrida historia a la que están acostumbrados los suizos y los daneses en su vida comunitaria. Necesitamos envolver en color el relato democrático. A la democracia le falta su relato, y esa es la tarea política hoy día. Todos los relatos que triunfaron resultaron estar tan llenos de veneno como de belleza. Como pretendía Hegel con la racionalidad moderna, deberíamos devolver la maquinaria democrática «envuelta en canción»,² para que el gusto por los relatos sirva esta vez para convencer de algo positivo. No se trata de que hayamos llegado al fin de las ideologías, sino de que las ideologías han de ser puestas en su sitio, que es un sitio secundario: la caja de herramientas del gestor de recursos. Como toda herramienta, una ideología puede servir un tiempo y acabar obsoleta, puede no servir para nada por muy bonita que sea, o puede ser poco atractiva pero útil.

[2] «(...) tenemos que tener una nueva mitología, mas esta mitología tiene que estar al servicio de las ideas, tiene que convertirse en una mitología de la razón», «*Das älteste Systemprogramm des deutschen Idealismus*», edición crítica en Chr. Jamme y H. Schneider (Eds.), *Mythologieder Vernunft*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1984, pgs. 11-14, citado por Manuel José do Carmo, «*Nueva religión. Un proyecto del idealismo alemán*», recogido en Market y Rivera de Rosales 1994, pg. 263. La expresión «envuelta en canción» la usa José Luis Villacañas (Villacañas 1990, pgs. 91-92) para referirse a esta intención hegeliana.

2. El populismo.

Según Sebrelí el populismo ha sido uno de los peores relatos que ha sufrido Argentina, y que hoy sigue azotando otros países, tanto en Latinoamérica como fuera de ella. Ya Platón previno de esta degeneración de la democracia, que se debe en el fondo a la poca madurez de los ciudadanos, los cuales se dejan seducir por la belleza de unas promesas que no se pueden cumplir y cuyo coste es perjudicial a medio o largo plazo. El populismo no tiene ideología, ni a izquierdas ni a derechas, y para Sebrelí el populismo argentino más longevo es el peronismo, que suele ser presentado por los argentinos como un fenómeno puramente autóctono, incomprensible para las categorías políticas de un europeo o un norteamericano. Pero la verdad que hay tras esa afirmación según Sebrelí consiste en que realmente no hay ideas tras ese movimiento. Perón era un pragmático que se presentaba con el manto ideológico que en cada momento pudiera ser más ventajoso.³ El peronismo puede tener una cara de izquierdas y otra de derechas, según el auditorio. Pero lo que busca no es más que seguir el poder, diciendo al pueblo lo que el pueblo quiera escuchar. Y dándole aquello que en el plazo más inmediato pueda servir para ganárselo. Hace unos meses tuvimos la noticia de que en Suiza se rechazó en referéndum la idea de una renta básica universal, y vimos que muchos detractores de la medida afirmaban que a largo plazo sería perjudicial para el país. ¿Cuál hubiera sido el resultado de esa consulta en Argentina, en Chile, Bolivia, Colombia, o en España? Es muy esclarecedor de qué manera alguien piensa su respuesta a una pregunta así. La madurez política viene determinada por la capacidad para ver más allá del interés personal a corto o medio plazo. La pregunta clave debe hacerse en términos de la colectividad: explíqueme de qué manera el país puede hacer eso a largo plazo. Parece que la respuesta suiza vino de pensar en esos términos. Esa es la recomendación de Sebrelí para Argentina y para toda Latinoamérica. Una recomendación extensible a cualquier otra realidad política.

De todo lo anterior se deduce que debería causarnos rubor que haya varios partidos políticos que discutan entre sí quién es más de izquierdas o de derechas. No se trata en política de probar la limpieza de sangre. Eso debería estar arrojado al baúl de los más tristes recuerdos. Se trata de abandonar esos mitos identitarios para sentarse a ganarse el sueldo, lo

[3] «Perón era un hombre de acción, no un intelectual, un pragmático y oportunista orientado por la *realpolitik* y no por principios.», Sebrelí 2003, pg. 219.

cual muy a menudo un político debe hacer negociando con sus adversarios. La iconoclastia que Sebreli recomienda sobre las ideologías es muy conveniente no sólo para su realidad, también para la nuestra. Basta ya de sacrificar la realidad en el altar de las ideas.

3. El intelectual comprometido.

En esencia, el humanismo de Sebreli consiste en una defensa de los ideales de la Ilustración. Recuperar la búsqueda de la verdad y la justicia a través de la razón, y dejar atrás la mayor parte del trabajo filosófico de la segunda mitad del siglo XX, la difusa postmodernidad que en resumidas cuentas ha convertido la cultura política en un diálogo de sordos encerrados cada uno en su estructura. Sebreli propone recuperar el pensamiento moderno para la política y la sociedad, y señala a Sartre como uno de sus últimos representantes. Es cierto que Sartre era un personaje muy criticable por muchos motivos, como tantos otros. Pero de ese personaje reivindica Sebreli aquella primera parte que buscaba poner las ideas al servicio de la realidad, y de una realidad que deviniera justa. Más allá de sus derivas totalitarias o dogmáticas, el primer Sartre representa el intelectual que se ha ido perdiendo: alguien que se cree lo que dice y que busca mejorar la realidad. La figura del intelectual comprometido puede sonar hoy a algo ingenuo o rancio, pero deberíamos superar ese escepticismo en el que nos ha metido la postmodernidad, porque sigue siendo cierto que la razón tiene un poder transformador de la realidad, y que la razón opera buscando la verdad y su hermana práctica, la justicia. La actitud de estar de vuelta de estos ideales ha traído más miseria e injusticias que la actitud de buscar esos valores. Voltaire sería otro de sus modelos. Necesitamos hoy día la actitud volteriana, más que la mirada postmoderna que observa la realidad con distancia y no se cree nada. El viejo pirronismo vestido con un lenguaje más sofisticado. Volvamos a la vieja filosofía, que está más viva que nunca, a los ilustrados que demostraron con hechos que las ideas pueden hacer progresar la realidad. Renovemos el relato del progreso sin hacer caso de la mirada de superioridad de quienes lo critican, pero no les gustaría vivir en Somalia. La comodidad de ese escepticismo de salón ante el relato del progreso es la prueba de que el progreso es real, y a poco que observemos podremos comprobar que es racional. Desempolvemos a Hegel, y seamos capaces de pensarlo más allá de sus provocadoras expresiones. Que lo sagrado surja de nuestra lucha racional con la pobre realidad. Es

todo un mensaje de esperanza, oír que alguien reivindica los ideales de la modernidad con un discurso que no cae en el formalismo habermasiano, con todos los respetos. Es una excepción, y una valiente excepción, que alguien haya propuesto este programa en medio del estructuralismo y la postmodernidad, en un país ahogado por el populismo peronista.

4. Nacionalismo y globalización.

Latinoamérica va dejando atrás sus fantasmas conforme avanza el corto siglo XXI, unos fantasmas que Europa exportó al resto del mundo junto con las fórmulas que los pueden alejar. Esos fantasmas aún rondan al continente americano, y otro de ellos es el nacionalismo, que aún genera en todo el mundo la tiranía de la identidad. Sebrelí es un profundo crítico del nacionalismo, llega a afirmar que no existe algo así como la identidad nacional argentina, y que propiamente hablando un ciudadano se identifica más con su ciudad que con su nación.⁴ Un porteño tiene mucho más en común con alguien de Montevideo que con un habitante del norte argentino. De todas maneras, estas identidades culturales ceñidas a la ciudad no son importantes, como tampoco lo son el fetiche de las identidades nacionales que las jóvenes naciones independizadas de España se apresuraron a fabricar para forjar una identidad que cohesionara la sociedad, algo que en aquellos momentos sí podía ser necesario. Pero la globalización que avanza imparable consiste en dejar atrás esas identidades nacionales o locales como un instrumento que fue útil en su tiempo, pero que debe ser superado por la integración en organismos supranacionales, como se trata de hacer en la Unión Europea o como se trata de hacer en la ONU, con más o menos éxito. Organismos basados a su vez en la misma gestión de recursos que relegue la ideología al lugar de mero instrumento, en lugar de erigirse en guardianas de las esencias ideológicas. Una asociación de comercio como ALBA ha demostrado el error de ese enfoque. Se trata de mercancías, no de ideas. Las ideas deben dejar pasar las mercancías, de la misma manera que las teorías deben basarse en los hechos. Decir esto en una Argentina kirchnerista supone nadar contracorriente, es algo así como decir que el emperador está desnudo cuando casi todos alaban su nuevo traje. Ese ha sido el papel

[4] «Las identidades nacionales son una convención política, sólo hay identidades locales y aun éstas relativizadas por las individuales. Las identidades locales son más fuertes que las nacionales y se fortalecen aún con la globalización.», Sebrelí 2012.

que ha asumido Sebrelí. Hoy vemos que el nacionalismo sigue estando vigente en muchos países latinoamericanos, y aunque no supone una amenaza a nivel bélico sí suele esgrimirse como excusa ante las críticas. Es frecuente que el gobernante incompetente se envuelva en la dignidad de la bandera, y si acude a tan burdo argumento es porque tiene un público que piensa así.

Sebrelí es un firme partidario de la globalización, un fenómeno inevitable en su opinión. Buenos Aires siempre fue una ciudad que ha mirado más al mundo que al interior de su propio país. Es un caleidoscopio de la cultura europea y mundial. Ese espíritu cosmopolita es el que reivindica Sebrelí para todo ciudadano de un mundo globalizado, en lugar de construir la propia identidad aferrándose al mate, a los diversos matices del español o a cualquier forma de vestir o de comer. La identidad cultural no es una estación final, sólo tiene sentido si se integra en una identidad superior, que en nuestros tiempos debe venir definida por asociaciones internacionales. Argentina debe dejar de mirar por encima del hombro a sus vecinos del continente, si es cierta esa leyenda negra, debe romper su aislamiento con respecto a ellos, e integrarse en los organismos comerciales y políticos que faciliten la vida en común desde una diversidad de ideologías. El nacionalismo ha sido una excusa muy rentable para las dictaduras en el cono sur. Ya hemos mencionado la Guerra de las Malvinas, pero igualmente podríamos acordarnos del Mundial de fútbol que se celebró allí en 1978, otra forma de usar la identidad nacional como excusa para aglutinar la nación en pos de algo que haga olvidar las miserias e injusticias cotidianas. Al dictador Galtieri le vino muy bien la excusa del inglés invasor para reafirmarse en su poder, e igualmente exhortó a los jugadores a ganar la final porque así la nación restaría importancia a los crímenes que se estaban cometiendo. Ese absurdo poder tienen las identidades nacionales.

Estas críticas de Sebrelí tienen una utilidad más allá de Latinoamérica. En nuestros días asistimos atónitos a la salida del Reino Unido de la Unión Europea, también atizada por los argumentos populistas y por un nacionalismo de barra de pub. Sin embargo, ahí está el poder de un peligro que fue subestimado, y que puede causar no ya una primera guerra mundial pero sí cierta desaceleración económica, que en la práctica significa personas que pierden su trabajo. Ingleses y argentinos deben dejar de idolatrar su identidad nacional, y sin negarla darle sentido insertándola en un destino más universal. De la misma manera que la identidad nacional alemana que Fichte sacralizaba en los *Discursos a la*

nación alemana realmente para este filósofo cobraba su pleno sentido si se insertaba en algo más global, la racionalidad común de la humanidad, y era sólo un camino hacia ese destino,⁵ también Amin Maalouf recomendaba en «Las identidades asesinas»⁶ que nuestras sucesivas capas identitarias no deberían ser caparazones que nos encierren y separen unos de otros, sino sólo la piel en la que hemos crecido, algo que es flexible y que puede servir para tocar otras pieles y sentir las. En esta línea propone Sebrelí concebir la identidad cultural. Si queremos evocar a Hegel, podemos llamar Espíritu Absoluto a esa unidad superior de identidad. Hablar de Hegel a estas alturas provocará la risa condescendiente de muchos, pero no es más que una forma de decir que el mito del progreso que unifica a la Humanidad en base a la razón común de todos nosotros ha sido tratado con demasiada condescendencia en la segunda mitad del siglo XX, por una serie de corrientes que subieron muy alto, pero parece pasado su momento.

5. El socioliberalismo de Sebrelí.

En consonancia con su alejamiento de los extremos, Sebrelí propone una síntesis entre socialdemocracia y liberalismo, una especie de socioliberalismo que reúna la capacidad del capitalismo de crear riqueza en un entorno de libre mercado, y la capacidad de un Estado de conseguir que todos sus ciudadanos tengan la oportunidad de participar por ellos mismos en esa riqueza. Esta receta propone que reconozcamos la realidad que el siglo XX nos ha demostrado: el capitalismo es el sistema más efectivo para crear riqueza hoy día, y un Estado que funcione es el mejor instrumento para conseguir que esa riqueza sea respetuosa con los derechos individuales de dignidad personal y garantice la igualdad de acceso a oportunidades. Otra tarea filosófica hoy día consiste en lograr la síntesis de esas dos realidades, algo que de hecho ya está haciéndose de diversas maneras, pero es necesario seleccionar cuáles son las más

[5] «todo aquel que cree en la espiritualidad y en la libertad de esta espiritualidad y desee su desarrollo eterno dentro de la libertad, no importa dónde haya nacido ni en qué idioma hable, es de nuestra raza, nos pertenece y se unirá a nosotros. El que cree en el estancamiento (...) o sencillamente pone al timón del gobierno del mundo una naturaleza muerta, donde quiera que haya nacido y hable el idioma que hable, no es alemán, es extraño a nosotros, y es de desear que se separe de nosotros por completo y cuanto antes mejor», Fichte, 2002, pg. 131.

[6] Maalouf 1998.

efectivas. No es efectivo el asistencialismo paternalista que practica el populismo, desde el que usaba Eva Perón cuando repartía dinero y casas a quienes hacían cola para hablar con ella, hasta los precios controlados por el gobierno venezolano que han conseguido vaciar las estanterías de los supermercados. La tarea política hoy día es fijarse en estos fracasos para no volver a repetirlos, y señalar los éxitos que pueden sustituirlos. Construir un liberalismo de izquierdas, o una izquierda liberal que abandone los fantasmas irracionalistas en los que se ha visto envuelta en el siglo XX y retorne a la posición moderna ilustrada en la que se situaba el mismo Marx, según Sebreli.⁷

La dialéctica siempre conserva lo que supera, y si la historia tiene un movimiento dialéctico, debemos pensar que socialismo y liberalismo no desaparecerán, sino que quedarán subsumidos en una unidad superior. Por tanto, no nos aferremos a las ideas, sino al movimiento de las ideas. Las ideas, una vez más, son instrumentos. No las hay definitivas, cumplen su función y se ven superadas. Si los hechos demuestran que es necesario cambiarlas sería sectario aferrarse a ellas. Nos pareceríamos a esos dogmáticos de los que hablaba Platón,⁸ que se aferraban a las piedras y los árboles porque decían que lo único existente es lo que podemos ver. Jubilemos con agradecimiento las ideologías que prestaron un servicio, y conservemos lo que de ellas puede generar un nuevo instrumento, en un progreso continuo y dialéctico. La nueva síntesis que se está formando es el socioliberalismo, y es necesario mantener ese desapego a las ideas para encontrar la nueva síntesis.

Libertad e igualdad no son valores opuestos, sino dos valores sobre los cuales es preciso encontrar un equilibrio que permitirá la existencia de ambas. Pues cada uno de esos valores es una pieza irrenunciable para el funcionamiento de un país.

[7] «La izquierda clásica fue racionalista y modernizadora - hay páginas del Manifiesto Comunista que son la epopeya de la modernidad -, se veía a sí misma como la continuación y la profundización del Iluminismo (...). La mala izquierda, en cambio, se inclinó del lado del romanticismo antiiluminista, del redentorismo mesiánico y de su mitología irracionalista y arcaizante», «El vacilar de las cosas», J.J. Sebreli, edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1994, pg. 16.

[8] Platón, *Teeteto* 155e.

6. La dialéctica.

Aunque este sea un seminario sobre la identidad cultural latinoamericana, paradójicamente la aportación que estuviera en consonancia con el pensamiento sebreliano consistiría precisamente en alejarse de las identidades, y sobre todo de las identidades que impliquen una etiqueta que lleve a congelar el pensamiento, pues tanto el pensamiento como la sociedad y el individuo son entidades sometidas a un movimiento continuo de carácter dialéctico, en un progreso sin fin que implique no alejarse de las identidades ajenas porque no son uno mismo (algo lamentablemente muy frecuente en la política de hoy día), sino acercarse a ellas para sintetizar con ellas los rasgos que merezcan la pena y con los que formar una identidad superior que no será definitiva. Ese progreso sin fin llevaría a la integración de todos los caracteres nacionales de Latinoamérica, así como la gran diversidad de caracteres dentro de cada uno de esos países debería integrarse para que el país pueda progresar. Aquí cobra pleno sentido la divisa norteamericana «Ex pluribus unum», pues no se trata de eliminar la diversidad, sino de relativizarla en el camino a una unidad común. Estados Unidos está en ese camino, y con sus dificultades lo va consiguiendo. Esa sería la receta adecuada para un progreso dialéctico en el sentido sebreliano. No se trata por tanto de que (por ejemplo) la cultura del norte de Argentina abandone sus señas de identidad andina para comportarse de una manera más porteña. Al fin y al cabo, es la decisión de cada individuo, pero de ninguna manera debería ser eso una imposición. Se trata de que cada latinoamericano, tanto si habla español como si no, colabore en un proyecto común nacional y después transnacional que recoja todas esas identidades y fomente no una nueva identidad (pues no son más que instrumentos también), sino la vida cotidiana de todos los individuos que viven dentro de ese proyecto. Defender las identidades culturales por sí mismas aisladas de las demás identidades y en imposible comunicación con ellas ha sido el mensaje del estructuralismo antropológico, que según Sebreli no es más que otra forma de racismo encubierto,⁹ pues distingue a los individuos según una identidad que para ellos debería ser sólo una opción voluntaria. E

[9] «La antropología estructuralista creía superar el racismo en que había caído, muchas veces, la antropología evolucionista del siglo XIX y se adjudicaba el mérito de haber rebatido el concepto de 'raza'. Sin embargo, la noción echada por la puerta volvió a entrar por la ventana. La identidad cultural era la nueva forma que presentaba el racismo y Lévi-Strauss, el ejemplo paradigmático del 'neorracismo diferencialista'» Sebreli 2007, pg. 235.

impide la comunicación entre las diversas identidades, con el argumento de que las estructuras son inconmensurables. No son inconmensurables, porque todos somos seres humanos con la misma naturaleza y la misma razón, tal como afirma el programa ilustrado. Un progreso universal para un ser humano universal que puede adoptar diversas identidades a voluntad, en lugar de universos culturales aislados que no pueden dialogar entre sí y a los que por tanto no pueden aplicarse las mismas normas o valores. En este sentido, el proyecto boliviano de establecer diversos códigos legales según sea la comunidad indígena a la que pertenezca el sujeto es un caso de discriminación, según este planteamiento. ¿Por qué lo que es justo para un habitante de Oruro es injusto para un habitante de Uyuni? No se está aplicando ahí la divisa «Ex pluribus unum», más bien se está haciendo pensar a esos individuos que nada tienen que ver entre sí, se les está impidiendo comunicarse y entenderse entre ellos. Más bien debería plantearse cuál es la justicia común que interesa a la comunidad total de Bolivia, y el resto de normas tenerlas en cuenta sólo como el pasado que nos permitió llegar hasta aquí. Bien está reconocer la diversidad, pero la diversidad necesita un trato igualitario, porque esa diversidad sólo es superficial, ya sea de raza, lengua o costumbres. En el fondo todo ser humano busca básicamente lo mismo, que es vivir en paz y prosperar, y las ideas e identidades son maneras de alcanzarlo. En Estados Unidos señalan la raza de cada persona en el carnet, pero el código legal que se les aplica a todos es el mismo. Al menos el trato se pretende igualitario, pero incluso se podría prescindir de una medida por lo demás bastante arbitraria. ¿Pues cuándo deja alguien de ser blanco para ser negro, hispano y oriental, si ese alguien es el resultado de una mezcla? Abandonemos esta obsesión por la identidad, ya que la historia ha demostrado que es un instrumento político bastante peligroso.

Cuando viajé por primera vez a Colombia yo tenía 24 años, y recuerdo que sentado en un autobús urbano de Medellín era para mí fascinante observar la diversidad de pasajeros, acostumbrado de toda la vida a la homogeneidad cultural y racial. Me pareció fascinante ver en el autobús personas de raza negra, blanca, indígenas, y todos los matices de mezcla entre ellos. Recuerdo que me asaltó la pregunta «¿Qué ha pasado aquí?», y se me vino a la mente la respuesta: «Colombia se convirtió en un fascinante cruce de caminos después del descubrimiento y la conquista», y este es el resultado. Si cada uno de esos pasajeros se sintiera más afeerrado a su propia identidad que al proyecto común colombiano,¹⁰ ese

[10] «Los particularismos culturales que hoy se acostumbra defender bajo las equívocas

proyecto no funcionaría. El mismo autobús que circulaba por las calles de Medellín era una bonita metáfora de la nación colombiana. Unidos en la diversidad hacia un destino común.

Pero esta receta no se aplica sólo a Latinoamérica, obviamente. Se está aplicando desde hace dos siglos en Estados Unidos, y se está aplicando desde hace 50 años en Europa, que aún necesita encontrar su manera de manejar la diversidad. Por tanto, la identidad cultural latinoamericana es un proyecto abierto que debe respetar las características culturales de cada minoría, pero no para quedarse ahí, sino para ofrecer al individuo otra capa de identidad más universal que le permita conectar con el resto. Porque las identidades culturales pueden ser estructuras inconmensurables entre sí, pero eso es algo que una nación debe superar. No eliminar, sino superar al modo hegeliano, conservando la diferencia e integrándola en una unidad superior. La inconmensurabilidad de las culturas es un problema para el progreso en común, y como tal debe ser tratado si se busca la unión en la diversidad. No quedarse en esa inconmensurabilidad, sino integrarla en el resto. Lévi-Strauss fue muy popular en su tiempo, pero su planteamiento no sería una buena aportación a la identidad latinoamericana, según esta visión.

En este sentido, Sebrelí propone una sociología de lo cotidiano que observe al individuo por encima de sus rasgos culturales particulares, más allá de ellos. Esa sociología parte del individuo y desde él busca las estructuras, pero siempre sin perder de vista que el núcleo es el individuo concreto, el cual a su vez no es sino una versión del individuo universal, y por tanto intercambiable culturalmente con cualquier otro. Hace muchos años podíamos oír con normalidad que la democracia no era un sistema político apropiado para Latinoamérica, porque esos países están muy acostumbrados a la mano de hierro de las dictaduras. Ese burdo análisis pasaba a veces por respetable sin mucho rubor. Hoy día es una de las zonas del mundo en las que más rápidamente crece la salud democrática, con los altibajos que sea necesario señalar. Pues bien, ese progreso de Latinoamérica en los últimos decenios es un hecho que sirve para refutar la idea de que las estructuras culturales son inconmensurables y no pueden dialogar. Las identidades que componen el subcontinente han dialogado, han aprendido a convivir juntas en la diversidad, y se han abierto al resto de culturas. La receta estructuralista habría vis-

etiquetas de multiculturalismo y comunitarismo conducen a la fragmentación social y a la guetización; son contrarios a las libertades y diferencias individuales y al pluralismo democrático indisociables de valores universales.» Sebrelí, 2005, pg. 24.

to esto como imposible. La globalización misma habría sido vista como algo imposible por el estructuralismo, cuando hoy día es un hecho del que ya hablaban los filósofos ilustrados (pensemos en Kant). Como la identidad cultural europea o la norteamericana, la identidad latinoamericana no está cerrada y por tanto no se puede preguntar por ella. Es un proyecto abierto de integración de lo diverso hacia lo común. La inserción del individuo en lo universal. Una superación de las diferencias. Otro planteamiento sólo traerá la miseria y el atraso que Latinoamérica está dejando atrás. La jaula de la identidad cultural ya ha causado demasiada discriminación y pobreza.

7. Filosofía de la Historia.

Si vemos así el progreso humano tiene sentido hacer una filosofía de la historia. Porque la historia de las culturas humanas dejará de ser un diálogo de sordos para convertirse en un auténtico diálogo. El proyecto ilustrado de la Organización de las Naciones Unidas consiste en el diálogo desde la diversidad para que narremos juntos nuestra historia en un relato que tenga sentido. Tanto Europa como Latinoamérica están aprendiendo a formar juntos su propio relato histórico. En Europa este relato se está formando con la Unión Europea, que a pesar de todos sus problemas supone el más fabuloso proyecto común que ha existido en este continente. Latinoamérica avanzará en su relato si deja atrás sus diferencias por comunidades o por países y se piensa a sí misma con la divisa «Ex pluribus unum».

Pero la filosofía de la historia que se desprende del planteamiento dialéctico sebreliano no consiste en el camino prefijado hacia una meta cerrada. No hay un camino prefijado para Latinoamérica, como no lo hay para ningún conjunto de países ni para ningún individuo. La meta que plantea el socioliberalismo es la construcción histórica de una sociedad que genera riqueza y preserva la igualdad en el acceso a las oportunidades desde el respeto a los derechos individuales, y esa meta nunca se alcanzará del todo, sino que constituye un objetivo final al que la sociedad puede aproximarse infinitesimalmente y nunca de modo definitivo, pues igualmente que es posible el progreso es una realidad la decadencia política y social. Es imposible el final de la historia según Sebreli, porque la conflictividad es consustancial a la naturaleza humana, y una sociedad democrática está basada en la gestión pacífica de los conflictos, no en su eliminación. Sebreli reivindica una dialéctica abierta sin fin de la historia,

basada en una relectura moderna de Marx y Hegel. En la *Fenomenología* está claro que la verdad no consiste en el resultado final del trayecto, sino en el mismo trayecto plagado de conflictos y superaciones. La clave es que ese trayecto transcurre en términos de superación, y el abandono de las mitologías políticas es una de las superaciones a las que se enfrenta Latinoamérica en el siglo XXI: dejar de entender la política como la llegada de sucesivos mesías o el hallazgo de sucesivas ideologías definitivas. Ni una cosa ni otra existen en la política, que está formada más bien de progresivas pequeñas reformas sobre pequeños problemas, que juntos van formando la suma que hoy día está sacando al subcontinente de su atraso. Concebir el progreso a la manera dialéctica sería lo contrario de plantear un sistema cerrado o una meta prefijada. Se trata más bien de una tensión continua.

8. Crítica a las izquierdas.

Sebreli hace una crítica muy dura de las izquierdas del siglo XX, a las que culpa de gran parte de los males de Latinoamérica y a las que exhorta a volver al camino de la modernidad en el que nació Marx. Según el filósofo argentino, las izquierdas habrían perdido el rumbo durante el siglo XX y habrían acabado asumiendo postulados irracionalistas (postmodernos) que realmente abocan a la sociedad a lo contrario que pensaban sus fundadores. Miseria en lugar de progreso económico, superstición en lugar de ciencia, división nacionalista en lugar de unidad internacionalista. La izquierda acabó asimilando ideologías románticas que se originaron en la derecha. Las izquierdas asumieron las típicas ideas románticas que tanto se oponen al universalismo moderno: el particularismo cultural, el relativismo, el nacionalismo, el mito roussoniano de la vida rural y la idealización de los pueblos primitivos, la fascinación por el esoterismo y por Oriente, la lamentación heideggeriana por la deshumanización de la técnica y la ciudad. Sigue siendo frecuente hoy día encontrar estas opiniones en ambientes de izquierda, pero es necesario señalar que sólo nos alejan de los objetivos fijados por Marx, que no son más que un progreso racional universal hacia la justicia y la verdad, dentro del esquema moderno. No se trata de hacer aquí una prueba de pureza, a ver quién coincide más con el Marx histórico. Se trata de examinar cuáles son los resultados prácticos del planteamiento ilustrado, y a qué ha llevado la postmodernidad. Marx era partidario de la colonización inglesa de la India, por ejemplo. Argumentaba que

el progreso técnico e institucional era bueno aunque viniera de una potencia colonizadora. Desde la perspectiva roussoniana y relativista tan frecuente en la izquierda postmoderna, habría que respetar la institución india del *sati*, el suicidio de la viuda en la pira de su marido, que fue abolida por la legislación inglesa. ¿En qué momento la izquierda perdió el norte moderno del progreso común y del hombre universal? Según Sebrelí se vio seducida por la moda estructuralista de los años 60 y 70, y en ese momento nuestro autor comenzó su camino en solitario, pues tras sentirse afín a la izquierda en su juventud y llegar incluso a imaginar un peronismo de izquierdas que resultó sólo un sueño, fue abandonando progresivamente su respaldo a los movimientos de izquierda de su país. Tras poner en marcha una asociación para la defensa de los derechos de los homosexuales en Argentina en los años 70, tuvo después que abandonarla debido a la defensa que hacían sus miembros de la revolución cubana, que era profundamente homofóbica en esos años.

Otro de los desvíos de la izquierda ha sido el culto al Estado, que para Marx no debía ser más que un instrumento al servicio del individuo. El capitalismo de Estado ha sido finalmente el planteamiento de los países comunistas, desde la URSS a Cuba, Vietnam o China. Pero el comunismo tenía una clara visión internacionalista, que hoy día paradójicamente está más clara en los postulados liberales que defienden la globalización, la libertad de mercado, la desaparición de las fronteras para las mercancías y las personas. El proyecto comunista de una humanidad global fue abandonado por las izquierdas, que acabaron entregadas al mesías del Estado, el que fue el ídolo de las derechas. Este tipo de críticas han llevado a Sebrelí a ser un amago crítico de las izquierdas en el mundo latinoamericano, tan marcado por estos movimientos. Tampoco significan estas críticas una defensa de la derecha, pues en los años de la dictadura de Videla, como puede comprobarse por su crítica a la guerra de las Malvinas, o por las clases clandestinas sobre marxismo que con riesgo de su vida organizó en aquellos años. En definitiva, su espíritu crítico con unos y con otros le llevó a no estar del lado de nadie, y por tanto a una soledad tan coherente como poco deseada.

Las izquierdas acabaron renegando del progreso en ese camino sin rumbo, y acabaron añorando el regreso a un estado natural que nunca existió. Los planteamientos new age que hoy podemos encontrar fácilmente entre las izquierdas no llevan a ninguna parte, y son sólo muestra de que su tarea debería ser estudiar más a Marx y Hegel, que no son los padres del totalitarismo como a menudo se les caricaturiza, sino los úl-

timos defensores de una razón única que hace progresar al ser humano hacia la justicia y la verdad. Las izquierdas han desdeñado la democracia en el siglo XX (recordemos a Sartre en sus últimos años, las protestas de los años 60 o la seducción que ha ejercido la dictadura cubana), mientras que Marx abominaba del estatismo. Justo es decir que Marx es un pensador profundamente contradictorio, y que se podrían buscar muchos pasajes que critiquen esta idea, pero creo que también es justo decir que es posible basar esta lectura de un Marx demócrata y antiestatista en otros tantos pasajes.

Renegar de la acción de masas por la virtud de un héroe carismático también había sido un rasgo típico de la derecha, pero las izquierdas le tomaron el relevo en esa manía por los mesías. Desde Stalin al Ché, hoy la izquierda sigue alimentando el culto a la personalidad. El carisma personal de un líder es más propio de los movimientos románticos que de la racionalidad moderna. La concepción heroica de la vida era algo muy querido por el fascismo, y lamentablemente parece haber sido asimilada por la izquierda. Unos mesías tras otros acaban mostrando su verdadero rostro, pero los fieles de la izquierda parece que no se desengañan del esquema, aunque renueven sus mesías. Las izquierdas renegaron del humanismo racionalista porque lo identificaban con la mentalidad burguesa, pero deberían volver a ese camino, porque la razón no pertenece a una clase social. Es la misma marcha de la sociedad la que debe llevar al socialismo, según Marx, no la voluntad heroica de un líder o la planificación de un Estado. El socialismo de Estado no fue formulado por Marx, sino por Lasalle, y la izquierda lo asumió equivocadamente como propio del filósofo de Tréveris. No se trata de hacer una hagiografía y de ser marxistas puros, pues ya sabemos que el propio Marx afirmaba que no era marxista. Se trata de aprender de la experiencia y de ser coherentes con el propio discurso. La izquierda ha banalizado el marxismo al desvincularlo de la razón moderna, según Sebrelí. Y buena parte de esa trayectoria ha ocurrido en Latinoamérica en el siglo XX.

Tras el fracaso de las revoluciones de 1848, Marx se habría orientado a un planteamiento más reformista que revolucionario, según nuestro filósofo, y esa es la línea marxista que a él le parece más provechosa hoy día, un marxismo reformista y democrático que habría sido abandonado por unas izquierdas más atraídas por el romanticismo de la lucha entre buenos y malos que por la grisura de la gestión cotidiana de una democracia. Uno de los males de la izquierda hoy es que se ha devaluado en un simple cuento de buenos y malos, cuando la realidad no suele

ser tan simple. Se ha convertido en una simplificación maniquea de una realidad que es mucho más compleja, pues la sociedad humana es una intrincada red de puntos en relación dialéctica, un fenómeno tremendamente complejo, en continua transformación, que no puede ser reducido a ese simple esquema. Habría que decir que el propio Marx no se preocupó demasiado de difundir su última orientación más reformista. El resultado de esta simpleza maniquea es el sectarismo, la actitud de «*yo no me siento a negociar contigo porque eres de los malos*». Si un país pide a gritos que sus partidos políticos negocien, nunca podrá suceder tal cosa si alguno de ellos afirma que el otro es el demonio en persona. Un planteamiento realmente infantil. Si la izquierda quiere seguir siendo un actor relevante en el panorama político debe salir progresivamente de este planteamiento, tanto en Latinoamérica como en España.

La izquierda se propuso el reencantamiento del mundo en lugar de su comprensión racional, según Sebrelí. Pero debemos aspirar a la comprensión racional, por más que esa comprensión deba buscar un relato seductor a los ojos de los ciudadanos. Un relato que no debe estar basado en mitos románticos sobre mesías o buenos y malos, sino en la comprensión racional que buscaba Marx y con él la filosofía moderna.

Sebrelí es también un fuerte crítico de la doctrina antiimperialista que seduce a tantos jóvenes en Latinoamérica y en el resto del mundo. Una doctrina que consiste básicamente en culpar de todos los males de Latinoamérica a una gran potencia exterior, si antes era España por la conquista en el siglo XX sería Estados Unidos por su posición dominante. Lejos de Sebrelí afirmar que ningún país esté libre de culpa, pues todos los países buscan sus propios intereses por encima de todas las cosas. Pero no resiste la crítica una afirmación tan simple como que el desabastecimiento en los supermercados de Caracas es el efecto de una guerra comercial por parte de EEUU. Los países latinoamericanos deben buscar la manera de defender sus propios intereses, como todos lo hacen, de una manera realista e inteligente, insertándose en el comercio mundial que ofrece la globalización, no agitando fantasmas conspiracionistas que podrán ser muy seductores para hablar en la barra de un bar, pero no sirven para dirigir un país. Hay multitud de pequeños países sin la riqueza de Argentina, Brasil o Venezuela que han conseguido construir una sociedad próspera sin tener que culpar a otros de sus males. Por ejemplo, Noruega, Suecia, Suiza o Costa Rica. El mismo camino podría seguir cualquier otro país, y hay muchos que lo están haciendo, afortunadamente también en Latinoamérica. Es muy prometedor el cre-

cimiento económico sostenido que están teniendo Colombia o Perú desde hace ya muchos años, en gran medida porque van dejando atrás los mitos románticos que les atenazaban. Son enormes las dificultades que aún tienen por delante estas sociedades, pero también son enormes sus recursos naturales y humanos. Al servicio de esos recursos deben estar las ideas políticas, no al revés. El petróleo venezolano debería estar al servicio de los venezolanos, y no del bolivarianismo. Los recursos de Argentina deberían estar al servicio de los argentinos, y no del peronismo que hoy se llama kirchnerismo, en su enésima transformación. Noruega invirtió el dinero de su petróleo en uno de los fondos de inversión más rentables que tiene un país, y ese dinero es una garantía de su poderoso estado de bienestar. Parece que esa idea es más efectiva que el planteamiento maniqueo de que la bolsa es un instrumento del diablo capitalista y que es mejor regalar petróleo a la revolución cubana.

Por este tipo de argumentaciones, Sebreli ha sido clasificado muy a menudo dentro del liberalismo argentino, incluso dentro de la derecha. Pero como no es un autor de derecha o liberal, sino que desea la regeneración de la izquierda porque proviene de ella y es muy crítico con sus errores, finalmente es un autor inclasificable e incómodo para todos: izquierda, derecha, peronistas y gorilas diversos no saben qué hacer con él y lo incluyen entre sus adversarios. Pero suele pasar que los autores inclasificables son los más interesantes, porque eso demuestra una enorme coherencia y un gran espíritu crítico, no la actitud de *prietas las filas* que es tan frecuente en los intelectuales alineados en una ideología. El intelectual no debería ser el funcionario de un *think thank*, sino un *outsider*, o como él mismo se califica «un aguafiestas». Mientras duró la fiesta peronista todo parecía fantástico, pero luego hubo que pagar la factura y el país se arruinó. A todo el mundo le gustan las fiestas, pero es muy irresponsable hacer una fiesta de tres días para luego pasar tres años de hambre, y si la fiesta está así organizada el intelectual debe ser un aguafiestas. De ahí le viene a nuestro autor su incapacidad para integrarse en grupos, por la unanimidad que estos grupos suelen exigir. No busquemos la identidad cultural latinoamericana en función de grupos homogéneos que triunfen sobre otros grupos. Desechemos la idea romántica de la lucha del Bien contra el Mal, y adoptemos la visión más realista y difícil de la construcción progresiva de la realidad en base a lo que tenemos con la gestión cotidiana de los pequeños problemas. Los adversarios políticos no son enemigos, son colaboradores que tienen otro punto de vista y con los que será necesario ponerse de acuerdo. Es un disparate peligroso

governar un país sólo para aquellos que nos han votado. El presidente debe serlo de todos, y sus medidas deben ir dirigidas a contentar no sólo a los suyos, sino a todos. No reducir la política a sectarismo, a pureza ideológica, a bandos contrapuestos. Ese es el mensaje de Sebrelí para la construcción de Argentina y Latinoamérica.

Para terminar, diremos que la identidad cultural latinoamericana, si es necesario encuadrarla en algún ámbito cultural, según Sebrelí pertenece a occidente. Lejos de las corrientes indigenistas que han cobrado fuerza en el siglo XX, Sebrelí cree que la modernidad filosófica occidental es el árbol del que brota la cultura en Latinoamérica,¹¹ si bien debe estar abierta a todas las influencias que signifiquen una aportación positiva, pues las identidades culturales no son bloques monolíticos definitivos, sino sólo vehículos que se usan un tiempo y deberían irse renovando continuamente. Las culturas originarias precolombinas es necesario conocerlas pues forman parte de nuestro pasado. Pero es un pasado que debe abrirse a la modernidad, no conservarse inmóvil.

9. Conclusión.

Como conclusión, diremos que hemos querido fijar la atención en la importancia de la obra de Juan José Sebrelí para la formación de la identidad cultural latinoamericana. Según este autor Latinoamérica es un trozo de Europa más allá del océano, que debería asentarse en la racionalidad moderna y en la Ilustración, en esa búsqueda de su propia identidad, más allá de los mitos políticos que la han perturbado durante buena parte del siglo XX y que hoy parece que empiezan por fin a decaer. La visión de un aguafiestas que culmina toda una vida de crítica hacia su querido país con una sonrisa de esperanza.

[11] «no soy nacionalista y no me defino por lo tanto como argentino porque no creo en una entidad de dudoso valor ontológico como el ‘pueblo nación’, soy rioplatense por la contingencia de mi lugar de nacimiento y el contorno que me rodea, y soy occidental pues pertenezco a la unidad cultural universal que nació con la civilización grecolatina que se expandió por Europa y de la que los americanos, los argentinos, los porteños, en fin, somos legítimos herederos.», Sebrelí, 1987, pg. 20.

10. Bibliografía

FICHTE, J. G. 2002: *Discursos a la nación alemana*. Madrid: editorial Tecnos.

MAALOUF, A. 1998: *Las identidades asesinas*. Madrid: Alianza editorial.

MARKET, O. y RIVERA DE ROSALES, J. 1994: *El inicio del Idealismo alemán*. Madrid: editorial Complutense.

SEBRELI, J. J. 1987: *Las señales de la memoria*. Buenos Aires: editorial Sudamericana.

SEBRELI, J. J. 1994: *El vacilar de las cosas*. Buenos Aires: editorial Sudamericana.

SEBRELI, J. J. 2003: *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires: editorial Sudamericana.

SEBRELI, J. J. 2005: *El tiempo de una vida*. Buenos Aires: editorial Sudamericana.

SEBRELI, J. J. 2007: *El olvido de la razón*. Barcelona: editorial Debate.

SEBRELI, J. J. 2012: *El malestar de la política*. Edición electrónica.

VILLACANAÑAS, J. L. 1990: *La quiebra de la razón ilustrada: Idealismo y Romanticismo*. Madrid: editorial Cincel.